

Víctor Conde

# EL DRAGÓN ESTELAR

timun**mas**

*Para mi hermano,  
que siempre creyó en la fantasía*

## Oración de los arcanistas al legado de los dioses perdidos

Haré memoria, y no olvidaré, de Glorien Zalanthias, que hiede de lejos, a quien Medeontas raptó de niño y crió entre prados de estrellas.

Allí donde reposara el cetro de la vida, arco celestial con el que Glorien dispara su semilla a los confines de galaxias distantes, nada podrá detener la transfiguración de todas las cosas, y el nacimiento de algo nuevo donde antes sólo subsistía el vacío.

Haré memoria de la bella Laren Zalanthias, la Dama de los Cien Caballos y hermana de Glorien, escoltada por todos sus hijos en un carro tirado por osos polares.

Cuando ella cantaba derramábase la hiel de las nebulosas, sudaban luz y polvo de hielo los agujeros negros, y jugaban las ninfas con las hijas del dios Peirón, de profundo seno.

Recordaré sus nombres y los pronunciaré para que sean verdades; para que enseñen los secretos perdidos a los artesanos que moran la tierra y sueñan el cielo.

Recordaré sus nombres, para que algún día regresen del río del olvido.  
Recordaré.

**PRIMERA PARTE**

**FUGITIVOS**

# 1

## El chacal y la presa

A la capitana Ronin Telser le gustaba andar por el casco de la nave.

Era el único lugar donde podía encontrar auténtica soledad, lejos de las miradas, de las preguntas, del roce de centenares de personas que siempre estaban esperando que ella hiciera algo. No importaba qué ni por qué motivo, pero algo. Conocía a fondo y confiaba en los miembros de su tripulación, pero había días, y éste sin lugar a dudas era uno de ellos, en que necesitaba la compañía del vacío.

Las tres naves coloniales avanzaban en absoluto silencio de radio, temerosas de ser descubiertas por los exploradores quimerianos. Vistas desde lejos daban la impresión de ser la cabeza de un cometa, disfraz apoyado por la nube de asbestos que las rodeaba como una mortaja de plata. La más grande, y la única que poseía armamento, era el *Dédalus*. Las otras portaban sobre todo comida y útiles de minería, que resultarían indispensables para la supervivencia allí donde pensaban establecerse, en las llanuras del mítico planeta Furiony.

Si llegaban.

Ronin alzó la vista hacia la segunda nave, el *Íkarus*. Pese a sus trescientos metros de largo (orientados más hacia la funcionalidad que a la elegancia), poseía una línea esbelta, afilada, casi atractiva a la vista. Era un enorme carguero lleno de ilusión con forma de estaca, con los impulsores a mitad de manga y el barroco puente en forma de gárgola enclavado en la popa. Ilusión, sí, por fundar una vida lejos del núcleo de la galaxia, de los quimerianos y de una locura que ya había consumido cien mundos.

La serena majestad de los cuerpos celestes la embriagó. Si los seres vivos pudiesen permanecer sin guerrear un solo instante, un solo momento en el eterno fluir del tiempo...

Un zumbido en su comunicador mató la poesía del momento. Era Sobek, su lugarteniente y persona de confianza. Ella misma lo había elegido entre un centenar de candidatos, y aunque no era un hombre especialmente creativo, sí que poseía un talento innato para hacer balance de necesidades en momentos de crisis.

–Adelante, te escucho.

La voz de su lugarteniente llegaba distorsionada. Ronin dedujo que la nube de asbestos tenía bastante que ver con ese fenómeno.

–Capitana, debería entrar. Nos acercamos a la Puerta Hefauk. Tiempo estimado de llegada: quince minutos.

–De acuerdo –convino ella–. Entraré por la esclusa veintisiete.

Como el interior del traje estaba hueco, desde la cabeza a los pies, Ronin oyó el eco de sus pisadas, audibles sólo en aquel coto cerrado de oxígeno que protegía su vida. Desconectó las suelas magnéticas y atravesó una esclusa de presión, que inmediatamente la aisló del vacío. Dos minutos después, el ordenador le dio permiso para quitarse la escafandra.

Ronin hizo un gesto caduco: agitó la cabeza para apartarse unos cabellos de la cara, cabellos que ya no tenía. Se había cortado la hermosa melena castaña hacía pocas semanas, en un intento de alejarse todavía más de una imagen que significaba demasiadas cosas. Cosas que quería olvidar. Dejó la escafandra en un armario y se desnudó, conservando sólo la ropa interior. Luego se ciñó los pantalones reglamentarios, una camisa con ribetes dorados, y sus queridas botas sin anclaje magnético, pero más que respetuosas con sus pies cansados. En las manos, dos anillos de platino proclamaban la jerarquía de su portadora.

Llegó al puente de mando usando el ascensor central. Un par de oficiales se cuadraron a su paso, pero ella los despachó con un gesto. Sobek la esperaba de pie junto a la consola principal.

–Me alegra que haya vuelto sana y salva de su excursión –masculló.

–Ya sé que no te gusta que salga, pero es el único punto ciego de la nave. –Tiró un poco de sus mangas–. Uf, me quedan estrechas.

–Debería solicitar un nuevo uniforme.

–No es necesario. Al término de esta misión, el almirante Christof va a

pedir que lo transfieran a su mundo natal. Lo reemplazará su ayudante, y yo he solicitado el puesto de éste.

–Y creo que lo conseguirá, capitana. –Sobek la miró con una mezcla de admiración y curiosidad–. Pero me temo que no parará ahí.

–No te creas. Para ascender más necesitaría invertir mucho esfuerzo, y creo que será mejor que dedique mi tercera década a otras cosas. No –se alisó las hombreras–, toda persona tiene un límite. Vicealmirante de la flota es el mío.

–Es un puesto de excesiva responsabilidad para alguien de su edad.

–Soy más vieja de lo que aparento, Sobek. –Simuló enfado por haber sacado ese tema–. Y no me hagas decirlo en voz alta. Odio los cardinales.

–¿Excluye el matrimonio?

–Uhm... No lo excluyo, pero tampoco es algo que necesite. Además, ya estuvo a punto de salir mal una vez.

El comentario le hizo gracia, y la obligó también a pensar. Muchas veces, en su vida de adulta, se había concentrado en los hechos y en los sistemas, excluyendo a la gente como individuos. Cuando había relajado el control y se había acercado a uno de ellos, se dio cuenta de lo poco predecibles que son las pasiones humanas. No recordaba su nombre, por extraño que parezca, pero sí imágenes sueltas de cuando la relación aún consumía combustible pasional: pelirrojo, cabeza ladeada, la luz del techo arrancando fulgores cobrizos a su pelo, un cuerpo que había sido diseñado para encajar sin estridencias dentro de un uniforme... Ronin se llevó un disgusto cuando tuvo que echarlo de casa.

–A veces, nosotras, las que trabajamos, no podemos elegir mucho –suspiró–. Si el puesto que tenemos no nos gusta, nuestra única opción es ascender. El camino opuesto es un retorno hacia problemas que ya damos por superados, y que sería muy duro volver a afrontar.

La puerta estelar apareció en la pantalla, flotando con titánica sobriedad en medio de la nebulosa. Ronin se sobrecogía cada vez que veía una. Y no podía evitarlo: enorme, milenaria, desconocida... Un monstruo que les recordaba lo pequeños que eran al lado de las maravillas del universo. Al lado de sus misterios.

–¡Contacto en el radar de largo alcance! –avisó un oficial. Ronin y su lugarteniente dieron un respingo.

–¿Qué?

La capitana apenas tuvo tiempo de lanzar una imprecación: las naves quimerianas, interceptores de eslora mediana clase panzer, penetraron en su cono de radar como abejas nerviosas. Habían salido de alguna parte en las profundidades de la nebulosa, y aunque no eran demasiadas (por su número y configuración de ataque dedujo que no pasaba de ser un escuadrón de vigilancia), constituían un serio peligro para un convoy escasamente defendido.

Las alarmas comenzaron a sonar.

—Alerta roja en todas las secciones —dijo Ronin, conservando la calma—. Preparados para un ataque directo. —Miró a Sobek—. Ya continuaremos la charla más tarde.

—Baterías activadas —informó aquél—. Rejilla defensiva al cien por cien de su capacidad. Programas de predicción de trayectoria activados.

Si la capitana se encontrase todavía dando su paseo por el casco de la nave, habría visto cómo largas secciones de éste se desplazaban, exponiendo los cuadros de baterías cuatricañones que, en ese momento, constituían su única defensa. El *Dédalus* disponía además de dos cazas ligeros de apoyo, pero Ronin prefería reservarse algunos triunfos en la mano.

El combate fue rápido y cruel. Los destellos de explosiones cercanas cegaron momentáneamente sus sensores, mientras las contramedidas actuaban y las baterías trataban de crear cortinas de fuego que abatiesen a las naves enemigas. No era la primera batalla espacial de Ronin (ya se había enfrentado contra los quimerianos antes, aunque en circunstancias muy distintas y sin tener a tantos civiles a su cargo), pero sí podría ser la última. Los panzers maniobraban como avispas en celo y soltaban todo lo que tenían sobre ellos, incluyendo ojivas nucleares y tornados de mesones.

La situación cambiaba con rapidez, lo que volvía imposible hacer balance: el *Íkarus* estaba dañado, y de la tercera nave colonial no sabían nada. Parecía haberse volatilizado de la pantalla de radar, aunque todos sabían que eso era muy improbable. Ronin había oído hablar de la insólita eficacia destructiva de los quimerianos, pero no creía que fuese tan espantosa como para borrar del mapa un navío de ese tamaño en tan poco tiempo. Rezando por que al menos una nave del convoy tuviese una oportunidad, consultó la pantalla táctica: el *Íkarus* estaba justo frente a ellos, en la misma trayectoria de caída hacia la puerta, y ya emitía el código cifrado que la activaría. Su comandante estaba desesperado: aquella señal podía ser interceptada por el enemi-

go, y aunque había pocas posibilidades de que la descifrasen, mantener en secreto el lugar de destino era una prioridad absoluta.

–Decidle a ese tonto de Yrek que espere hasta que esté a punto de cruzar –masculó Ronin, refiriéndose al capitán de la otra nave–. Si se deja llevar por la angustia, todos lo pagaremos.

Había algo inusual en aquel combate, y Ronin tardó casi un minuto en darse cuenta de qué era: los quimerianos estaban luchando en dos frentes a la vez. Por un lado, hacían lo posible por evitar que el convoy colonial alcanzase la puerta, pero por otro, estaban librando una feroz lucha contra lo que parecía ser uno de los suyos.

–¿Qué está pasando aquí, Sobek? –preguntó la capitana, confundida.

Su segundo estaba igual de atónito. Inclinandose sobre el radar 3D, siguió las evoluciones de uno de los luchadores quimerianos, un mirmidón. Sobek había visto antes esa tecnología (un diseño capaz de convertir un caza estelar de combate en un robot antropomorfo de grandes dimensiones, con poder letal de fuego), pero nunca siendo usada contra los propios panzers.

En efecto, un guerrero solitario, con su mirmidón en modo humanoide, abatía a todas las naves quimerianas que se abalanzaban sobre él y trataban de rodearle. Los panzers le lanzaban misiles y cortinas de láser, que el piloto esquivaba haciendo gala de un dominio admirable de su máquina. Y no sólo eso: había allí una forma de luchar que recordaba ciertos modos marciales, tácticas prohibidas desde hacía siglos. Sobek intuyó que aquel guerrero no era un soldado más.

Los panzers se colocaron a su diestra y abrieron fuego. El mirmidón, en lugar de huir del enjambre de cohetes, se dirigió hacia él de cabeza. Ronin pensó que lo siguiente iba a ser un potente destello y una nube de pedazos de mirmidón calcinados, pero no fue así: su máquina mutó en pleno vuelo, adquiriendo la forma de un estilizado caza en punta de flecha, y aceleró. El repentino cambio en la velocidad del blanco confundió a los sistema de guía de los cohetes, que chocaron unos contra otros tratando de acertar en un blanco que los sorteaba por su mismo centro. El mirmidón volvió a cambiar sin disminuir de velocidad; aparecieron manos y un cañón de grueso calibre con tambor rotatorio, y lo siguiente fue una carnicería.

–Nos está defendiendo –se maravilló Ronin.

El lugarteniente Sobek no estaba tan convencido.

—Podría ser un truco. ¿Quién es el chacal y quién la presa en esta pantomima? —dijo, parafraseando el conocido verso de un drama clásico.

—¿Un truco? No lo creo. Fíjate: ese guerrero les está ocasionando más pérdidas que todo un escuadrón de apoyo de los Mundos Unidos. Aquí está sucediendo algo más de lo que vemos.

—Oh, no... —exclamó alguien. Ronin miró la pantalla: el *Íkarus* había sido alcanzado. Escoraba hacia atrás, desestabilizado por el impacto de un misil nuclear; su popa se levantaba mientras la nave entera perdía velocidad y se dirigía directamente hacia ellos. Colisionarían en menos de cincuenta segundos.

—¡Transfiéreme el control manual de las baterías! —gritó Ronin, ocupando con violencia el lugar del artillero. Sobek ni siquiera se planteó entender la orden: cuando su capitana se ponía así, se sobreentendía que no había tiempo para explicar lo que quería hacer. Simplemente, había que hacerlo.

Una consola virtual se iluminó ante Ronin, y dos mandos holográficos le abrazaron las muñecas. La capitana situó los puntos de mira de las armas de su nave en la que se le venía encima. Sobek contuvo la respiración: ¿acaso pretendía destruir lo que quedaba del *Íkarus*? ¿Tan poco margen quedaba para la esperanza?

Ronin se pasó la lengua por los labios, afinando la puntería sin pestañear. Una voz anunció que faltaban pocos segundos para que ambas naves chocaran, y la cuenta siguió descendiendo. La luz de colisión brotó intermitentemente de las mamparas. El ordenador cerró de forma automática las secciones de proa para evitar despresurizaciones.

—¿Hacia qué dirección estamos esquivando? —preguntó.

—¿Qué quiere decir?

—¿¡Hacia dónde nos movemos, maldita sea!?

Sobek se aferró al pasamanos que bordeaba su puesto.

—¡Derivamos hacia estribor!

La enorme masa del *Íkarus* se elevó de costado, ocupando toda la pantalla. Era un gigante que se cernía sobre ellos, imposible de esquivar a aquella velocidad. Sus motores de impulsión estaban aún funcionando a pleno rendimiento, pero no había nadie que los controlase. Precisamente al anillo de impulsores de maniobra fue donde apuntó Ronin: contó hasta tres, dejó que la computadora de tiro afinara sus cálculos, y apretó el gatillo.

Las baterías del *Dédalus* abrieron fuego conjunto. Fueron seis andanadas muy rápidas que destrozaron los motores de babor de su gemela. Como los

de estribor seguían funcionando a plena potencia, lo que logró fue un empuje diferencial: lentamente, la nave colonial herida fue rotando hacia babor, alejándose más de ellos.

Ambas naves pasaron muy cerca una de la otra, tanto que desde el puente pudieron apreciar las ventanas en el fuselaje del *Íkarus*, e incluso distinguieron personas huyendo despavoridas de un lado para otro. Luego, los panzers cayeron implacablemente sobre ellos.

Ronin bloqueó el circuito que anclaba su mente a las sensaciones. No podía permitirse en un momento tan crítico sentir pena ni dolor. Convirtiéndose en algo parecido a una computadora, fría y distante, ordenó acelerar a máxima potencia y catapultar la nave hacia adelante. Hacia la puerta.

Un segundo antes de que los misiles nucleares de los quimerianos les impactasen, el enorme artefacto alienígena obró su magia.